

Juan Pablo Super-Star

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LOS occidentales estamos al borde de indentificar a Juan Pablo II, después de su viaje humanamente triunfal a Polonia, con un *supermán* religioso.

Y, sin embargo, nos encontramos más bien con un Papa eslavo, impactado por una experiencia política, económica y social "sui generis", difícil de comprender por nosotros.

Solamente a la luz de su compleja literatura podemos vislumbrar algo de lo que ha sucedido en ese país comunista que, al mismo tiempo, es el pueblo más católico del mundo.

Este Papa tiene, sin duda, un peligro grave: convertirse en un personaje "vedette". Pero su vitalidad, sentido del humor y sencillez campesina pueden ser el contrapeso que le impidan caer en la tentación. Tentación, sin embargo, que bordea constantemente debido a su actuación pública.

Mucho me temo que a su propio país natal le pase lo mismo; que esté experimentando en estos días la fuerte tentación de caer en la vanidad de pregonar el liderazgo espectacular de su polaco Papa, rozando el peligro de identificar la figura papal con la de un mago poderoso que tenga debajo de la manga la solución adecuada para todos los problemas.

Sin embargo, creo que este Papa está mucho más cerca de Juan XXIII que de Pablo VI o de Pío XII. Porque ni es un intelectual neuróticamente agobiado por las contradicciones de la vida y sus problemas, como lo fue Montini, ni tampoco el hierático, lleno de carisma personal, que resultó Pacelli, aunque hoy lo veamos bajo un prisma muy diferente.

El pueblo polaco da las mismas muestras de salud física y mental, y de serenidad dentro de sus convicciones religiosas, que produce este Papa; y esperamos que por eso no hará —pasados estos momentos de emoción— de él un superhombre. Porque —como dice Henri Fesquet— "la idolatría de un líder siempre es un error, pero la de un Papa es la peor de todas".

El agudo Mitterrand ha declarado:

"El papel que juega hoy Juan Pablo II, su poderosa personalidad, el profundo sentimiento que exhala a través de su voz dominante y expansiva, papel jugado en pleno mundo comunista, tiene un extraordinario valor de impacto". Y es verdad, si sabemos ponerlo en su verdadera dimensión, sin clericalismos ni papalatrías.

Los periodistas occidentales, y los pensadores católicos de nuestro entorno, están asombrados porque Polonia no es ni el cristianismo de la "muerte de Dios", inventado por los norteamericanos cansados de su ambigua civilización cristiana; ni el catolicismo secularizado que pregonan muchos teólogos en Europa; ni la popular religiosidad pagana, que tanto arraigo tiene en algunas capas de nuestro pueblo español. Es algo distinto.

Allí no vemos el decaimiento religioso que tiene nuestra juventud, cansada de inventos religiosos superficiales propuestos para atraer entre nosotros falsamente a las jóvenes generaciones. Ni el "pasotismo" que invade crecientemente nuestras aulas universitarias. Ni la deserción religiosa, de fuerte raíz anticlerical, que es característica de nuestro mundo obrero, fatigado de soportar en estos últimos siglos el pesado yugo clerical, aliado siempre a los grupos de poder que le han mantenido alienado.

Durante su viaje ha conectado Juan Pablo II con las masas, con los obreros industriales, con los campesinos, con los habitantes de las ciudades, con los jóvenes trabajadores, con la juventud universitaria, con los intelectuales de la izquierda (los únicos que hay en Polonia). Y para todos ellos ha tenido una voz sincera de aliento, como ocurrió al recibir a una representación de los pensadores católicos polacos, representados por tres publicaciones periódicas católicas y cuatro clubs intelectuales de igual signo (el diario *Tygodnik Powszechny*, los mensuales *Znak*, *de Cracovia*, y *Wież*, de Varsovia, así como los clubs de Cracovia, Varsovia, Wrocław y Torun). "Sin estar totalmente de acuerdo con vuestras postu-

ras —les dijo el Papa—, aprecio vuestro trabajo esforzado en la Europa del Este, sin ninguna máscara que oculte vuestro auténtico pensamiento".

A los jóvenes les decía otro día: "Debéis tener convicciones bien arraigadas, profundas y sinceras, lo mismo si son cristianas que marxistas ateas".

Y además se desprenden cinco puntos básicos —de consecuencias políticas claras— de su visita y palabras:

1. No hay Estado digno de este nombre si no respeta la cultura, la civilización, la historia y tradiciones de la nación. Y en Polonia, estos factores están impregnados de cristianismo, y por eso hay que aceptarlos como son.

2. Europa debe estar más unida, sin perjuicio de las soberanías nacionales, gracias a los valores cristianos de fondo —hoy acervo común de la Humanidad—, dentro del respeto a las diferentes opiniones y puntos de vista concretos de los europeos.

3. Indirectamente ha impartido también un consejo y una oportunidad a Gierk y sus colaboradores, aceptando la estructura básica político-social de su nación en contraposición con el dominio soviético, al que querría que ellos lo alejasen haciendo una política más nacional.

4. Ha pedido claramente la libertad para la Iglesia y en general para la religión, en Polonia lo mismo que en los demás países del mundo, sea cual sea su régimen político, y dentro de cuyos aspectos técnicos no ha entrado ni parece que pretende entrar el Papa, a diferencia de lo que acostumbran a hacer los Papas de este siglo.

5. Propugna un diálogo franco y tolerante con todos los regímenes y todas las ideologías, en el sincero respeto a los derechos formales del hombre, y los concretos de todo ciudadano, dejando de lado la sutil y puramente diplomática "Ostpolitik", llevada a cabo hasta ahora por el Vaticano. ■